

# Muerte sin fin con matasellos

Guillermo Sheridan

Las correspondencias sostenidas entre los miembros del grupo de los Contemporáneos suelen aportar un importante contrapeso a la obsesiva discreción con la que obligatoriamente negociaron los múltiples escollos públicos de su ruta y con la que preservaron —parecería que hasta de sí mismos— su propia vulnerabilidad.<sup>1</sup> Ya Celestino Gorostiza explicaba, hablando de sus relaciones con el grupo, que

El pudor que nos constreñía en México al trato superficial de la mera cortesía, como que se diluía con la distancia y las cartas nos permitían expresarnos con más sinceridad y dar escape a nuestro afecto.<sup>2</sup>

Esta discreción, natural en un momento y un medio tan agresivo, reducta en los descargos epistolares información determinante para que las aguas de la intimidad creativa encuentren su nivel de pertinencia histórica.

Les pido que me acompañen en un breve paseo por una pequeña bahía en el mar de la correspondencia de José Gorostiza:<sup>3</sup> se trata de atisbar, entre sus tormentas y sus amaines, un posible perfil del naufrago de las *Canciones para cantar en las barcas*, de 1925, que busca la balsa de *Muerte sin fin*, de 1939.

El de Gorostiza es un perfil elaboradamente frágil a fuerza de susceptibilidades, y vigoroso a fuerza de determinación. Villaurrutia ya ha colocado, en el pentagrama de su ensayo sobre Gorostiza<sup>4</sup> las notas contrapuntuales sobre las que, quienes aspiramos a precisar ese perfil, solemos entonar meras variaciones: el "fino tacto" y la "delicada proporción" de su trato y su juicio; su "complicada y sencilla psicología", su "infranqueable laberinto psicológico".

Esta correspondencia puede aportar, acaso, algunas nuevas tonadas sobre el ya aceptado *cantus firmus* de la melancólica personalidad del poeta; algunos hilos nuevos que ir recogiendo, si no para acertar con la imposible salida, sí para conocer con mayor precisión los corredores del laberinto.

<sup>1</sup> Se han publicado algunos volúmenes de correspondencia entre los Contemporáneos. Los más recientes: *Cartas a Celestino Gorostiza* de varios autores, con notas de Gabriel Zaid y Luis Mario Schneider, El Equilibrista, México, 1988; *José Gorostiza, cartas de primeros rumbos (correspondencia con Genaro Estrada)*, compiladas por Luis Mario Schneider, UNAM, 1991.

<sup>2</sup> *El trato con escritores* (segunda serie), INBA, México, p. 101.

<sup>3</sup> Martha y José Gorostiza Ortega me han entregado, para su estudio y eventual publicación, un centenar y medio de cartas enviadas y recibidas por su padre entre 1917 y 1940. El primer volumen, que pudo armarse gracias a la correcta disposición de Carlos Pellicer López, la correspondencia Gorostiza - Pellicer, será publicado a fin de año por Ediciones del Equilibrista.

<sup>4</sup> "Seis personajes (V: Un poeta)", *Obras*, México: FCE, p. 680 - 681.

¿Laberinto? En una carta que dirige Gorostiza a Pellicer en marzo de 1925 prefiere imaginar —*leit-motiv* también de Villaurrutia, Owen y Novo— que es una alcoba:

En el edificio de nuestra poesía (tú eres) la ventana... Nosotros, tú lo sabes, somos las piezas de adentro. Xavier, el comedor. Los demás, las alcobas. Hasta la última, la del fondo, que es Jaime... amagada de penumbras y con una lámpara en que se quemaba el aceite de todas las confidencias. ¿Salvador Novo? La azotea. Los trapos al sol. ¡Y ese inquieto de González Rojo, que no se acuesta nunca en su cama!<sup>5</sup>

¿Qué es, qué hay en la alcoba que Gorostiza se adjudica? Un elevado, perenne contraste entre la luz y la sombra. A la luz de las inminentes *Canciones para cantar en las barcas* opone la sombra de su autodescalificación. Está enamorado, pero se siente inepto. Tiene trabajo, pero lo desprecia. Ama a su familia, pero con inquietud y miedo. Sus amigos lo quieren, pero lo duda. En las evocaciones de esos amigos, Gorostiza se ensombrece: prefiere diluirse, se encarga de cambiar los discos mientras los demás bailan, se mueve (más que Owen) a la hora del retrato, se enamora de tipos fulgurantes e imposibles, se viste de negro como López Velarde, "no usa sino frases imperceptibles".<sup>6</sup>

En 1927, después de aparecidas las *Canciones*, en una impetuosa decisión, abandona la geografía de México y la imaginaria alcoba de su edificio poético. Apenas se instala en Londres, inicia (se antoja que con más sistema que angustia) un peculiar comportamiento autoflagelante que terminará por ser compulsivo. Escribe a Pellicer:

No tengo libertad, no tengo dinero. Ante una situación así, he considerado preciso no cargar con la dificultad de ser un poeta, conformarme con la idea de ser un buen empleado que escribiera versos en su primera juventud ¡ay, como cualquier abarrotero! No seré más una de nuestras alcobas literarias, sino el sótano irrespirable de las cosas prematuramente envejecidas... Pero tú, Ventana, sigue anunciándonos de qué color salió la luz cada mañana... No sé escribir, Carlitos, esa es la dolorosa verdad..."

¿Qué sucedió, en los dos años que hay entre las *Canciones* y Londres, que lo conduce a esta delación de sí mismo? ¿Qué

<sup>5</sup> Archivo JG. Años después, en "Diciéndole a José Gorostiza", Pellicer comienza uno de los sonetos: "La ventana soy yo..." (*Obras*, México: FCE, México, p. 582).

<sup>6</sup> Torres Bodet, *Tiempo de arena*, México: FCE, p. 233. Véase también Eduardo Luquín *La cruz de mis vientos*, México: Ediciones La Artística, pp. 142 - 143, y Celestino Gorostiza, *op. cit.*

<sup>7</sup> Archivo JG.

abrumadora "línea de sombra" lo retaba? Las *Canciones* no podrían haber tenido una mejor recepción, iniciaba su carrera diplomática, se divertía escribiendo revistas para el teatro,<sup>8</sup> a pesar de la esclavitud a que lo sometía la oficina, se hallaba en Europa. Como es frecuente, dedica parte de su tiempo a reconstruir epistolarmente, con sus moradores, el ámbito del edificio que le había urgido abandonar.

En octubre de 1927, Torres Bodet y Ortiz de Montellano le solicitan autorización para incluir algunos poemas suyos en la *Galería de los poetas nuevos de México*<sup>9</sup> y le solicitan un inédito. Gorostiza contesta que no merece figurar en ella. Torres Bodet le reprocha "ese injusto desapego de tu obra"<sup>10</sup> e insiste en que remita el inédito al Dr. González Martínez que, en Madrid, trata la edición con Gabriel García Maroto. Gorostiza, el asumido ex poeta, termina por aceptar y le remite el poema al doctor, quien contesta:

su poema es bellísimo, de lo más bello que ha logrado su espíritu fino, sutil y de gran aristocracia lírica. ¡Qué obra tan depurada y perfecta va usted a darnos!<sup>10</sup>

Pero, casi en las mismas fechas, Gorostiza escribe a Villaurrutia:

He fracasado completamente, y se lo digo ya sin amargura, con la terrible serenidad de una certidumbre inocultable. He fracasado. He fracasado. He fracasado.<sup>11</sup>

Esta oscura pulsión, que ya deviene rasgo de carácter, seguirá empeorando hasta convertirse en un comportamiento que los psicoanalistas llaman "neurosis de fracaso"<sup>12</sup> que suele

manifestarse en un comportamiento social de insistentes y repetidas quejas. Es lo que recibe el nombre (casi en inglés) de *querulancia*, una actitud consistente en relacionarse con los demás a fuerza de lamentos y autodescalificaciones. Es curioso que, sin quitar el dedo de la llaga, y también por las mismas fechas, Gorostiza describa el mismo estado, pero en términos calculadamente más irónicos, a Pellicer:

No leo, no escribo. Londres me tiene completamente apendado. ¿Londres o Genaro?<sup>13</sup> Lo único que puedo decirte es que estoy peleando con la poesía, con la prosa, con el libro, con todo... Es una lástima, porque yo tenía mucho talento, "pero los azares de una vida de miseria —dirá Xavier cuando escriba mi biografía— marchitaron esta inteligencia en botón, privándonos, ¡ay!, de la rosa que ese botón abrochaba."<sup>14</sup>

El *querulante* —o, digamos, el "quejicoso"— insiste en lamentarse, pero lo hace con prudente atención y solicitud al carácter de sus interlocutores. El Villaurrutia propicio a la sutileza psicológica reaccionaría de modo muy distinto al vehemente Pellicer, o al enérgico y silogístico Torres Bodet. De cualquier modo, Gorostiza vive suspendido de la camaradería de "esa masonería natural", su generación, recluida en el lejano edificio del que se quiere expulsado.

Unos meses más tarde, Gorostiza regresa a México, dice Novo, "quejumbroso y cesante".<sup>15</sup> La idealización, atizada por la nostalgia, del país y del edificio poético, se enfrenta a la realidad de su disgregación. Las pugnas internas del grupo, que obedecen a la madurez de casi todos como individuos y a las crecientes querrelas respecto a la suerte de la revista *Contemporáneos*, han convertido al edificio en una vecindad rijosa. Gorostiza reacciona procurando cruzar su personal línea de sombra e intentando superar su dependencia afectiva del grupo. ¿No había exigido Gide, uno de los penates, en su *Journal des Faux Monnayeurs*, que el verdadero artista no debe alimentarse de la fuerza de sus amigos ni del *élan* de los esfuerzos literarios anteriores? Gorostiza, el que más se había empeñado en la disolución del grupo, es, a su regreso, quien más se preocupa por analizar, y tratar de remediar, las discordias internas. En carta desde París Torres Bodet lo reprende:

...el balance de nuestra generación no es tan desesperado como tu melancolía lo imagina... La hora del corte de caja no ha sonado para nosotros... No importan las pequeñas diferencias, los conflictos y cóleras de la convivencia, cuando la convivencia es un hecho. Hay que aprovechar el roce de nuestra sensibilidad contra el filo de las asperezas ajenas. Así se pulen mejor los espíritus de un grupo afín. Lo único que no debemos ser es opacos para la irradiación de nuestros amigos (pero, quién de nosotros puede sentir indiferencia por los problemas de los demás?<sup>16</sup>

Casi al mismo tiempo, en noviembre de 1931, Gorostiza insiste en explicarle a Reyes, que solicita poemas para *Monterrey*,

<sup>8</sup> Gorostiza solía escribir revistas, al alimón con Ortiz de Montellano y con Novo, para un par de empresarios teatrales, Campillo y Bernáldez, que tenían influencias en los teatros Lírico e Iris. "Sólo para mujeres" (¿1926?) fue la de mayor éxito. Intentaba, además, escribir teatro serio, como un pieza titulada "Tumbas en el mar", que Ortiz de Montellano le pide para el Teatro de Ulises. Más sobre la afición teatral de Gorostiza en "Habla José Gorostiza" de Luis Terán, *El Gallo Ilustrado*, 401, 1 de marzo de 1970, p. 1.

<sup>9</sup> La idea de Torres Bodet era hacer la que, eventualmente, se convertiría en la *Antología de la poesía mexicana moderna*, firmada por Jorge Cuesta. La parte de los jóvenes en aquel proyecto se independizó en la *Nueva antología de poetas mexicanos* o bien la *Galería de poetas jóvenes de México*, que aparece como responsabilidad de Gabriel García Maroto en *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1928. La correspondencia confirma que la selección y las notas fueron responsabilidad de cada poeta.

<sup>10</sup> Carta del 27 de diciembre de 1927. Archivo JG.

<sup>11</sup> Recogida en "De José Gorostiza", *Revista de Bellas Artes*, 8, marzo-abril de 1973, recopilación de Miguel Capistrán.

<sup>12</sup> Freud menciona esta alteración, que no es síntoma neurótico, sino, precisamente, su desencadenador, sobre todo, en *Más allá del principio del placer* (1920: III) y la relaciona con la "neurosis de destino"; René Laforgue la describió en *Psychopathologie de l'ébec*, París, 1939: se trata del mecanismo de autocastigo que paga una neurosis para limitar las posibilidades de realización del sujeto, especialmente después de haber conseguido éxito en alguna empresa (en el caso de Gorostiza, el éxito de las *Canciones*). El sujeto "naufraga" en su propio éxito, se niega la satisfacción y termina en la paradoja, de acuerdo con Laplanche y Pontalis en su *Diccionario de psicoanálisis* (Barcelona: Labor, 1977, pp. 258-259), de resolver su deseo en su propia negación.

<sup>13</sup> Genaro Estrada es el jefe de Gorostiza en la Secretaría de Relaciones.

<sup>14</sup> Carta del 24 de abril de 1928. Archivo JG.

<sup>15</sup> Carta del 12 de enero de 1933. Archivo JG.

<sup>16</sup> Carta del 13 de marzo de 1932. Archivo JG.

que él no es escritor y no desea saber ya nada de eso. Pero, al mismo tiempo, a Torres Bodet le pide que le encuentre en París un ejemplar de la *Revue de l'Amérique Latine* en la que, le han dicho, Jean Cassou ha traducido algunos poemas suyos.<sup>17</sup> Reyes, fastidiado por los lamentos de Gorostiza, responde con patriarcal energía:

Su carta es ofensiva para el espíritu. Usted no tiene derecho a considerarse oficinista y abandonar la poesía. Se lo dice quien ha sacrificado a las letras todas sus pasiones, aun las más legítimas y humanas. Siempre lo consideré un alto poeta lírico, en realización y en promesa. No creo equivocarme. Quisiera llegar a usted con la voz de la persuasión. Sí se puede repicar y andar en la procesión. Todo se puede, con tal de no abandonarse. Quiero versos inéditos suyos para Monterrey y aquí no ha pasado nada. Las musas y yo no queremos soltarlo a usted. ¡Nuestro por la vida! ¡Gorostiza, no me vuelva usted a decir esas cosas!<sup>18</sup>

Las cartas en las que sus amigos lo reprenden, le manifiestan su incredulidad, o lo abruman de consejos son recibidas por Gorostiza. Las abre ¿con qué especie de urgencia?, las lee ¿con qué tipo de sonrisa?, les escribe al margen, con su modosa caligrafía, la fecha, la palabra "recibido", las primeras letras del apellido del remitente y las archiva en su nutrido catálogo de reconvenciones o afectos. Su táctica tiene que rendirle algún tipo de satisfacción. ¿Fortalece con esas cartas su esmerado autodesprecio? ¿O, quizá, efectivamente, lo atenúa? Se antojaría que los años de practicar su "neurosis de fracaso" obedecen, más allá de la alteración emocional, a un recurso dilatorio, a una cierta ansia de existir literariamente sin necesidad de crear literatura: si antes producía poemas, ahora suscita compasión. Sin embargo, la falta de congruencia entre sus pregonadas determinaciones y los actos que las harían consecuentes (colocarse efectivamente al margen de la página literaria) se perpetúan en un pacto de sobreentendidos: la línea de sombra es cada día más amplia, más contradictoria y estática. Como en la novela de Conrad, el barco de Gorostiza está detenido, y el capitán sólo puede avanzar por la cubierta, en redondo, hacia ninguna parte.

No se puede descartar, desde luego, la existencia de un estado de crisis vocacional surgido de su temerario aliño escritural y una exigencia de perfección paralizante; tampoco una crítica fragilidad emocional atizada por su constante miedo a la muerte, una extraña intolerancia a la naturaleza del tiempo, una morosa delectación en la certeza de la perenne agonía que lo arrincona, de modo cada vez más irremediable, en la soledad y en una contraparte sintomática que se agravará, de acuerdo con varios testimonios, después de *Muerte sin fin*: la hipocondría.

Una carta, que no tenemos, de Gorostiza a Rafael Orozco Muñoz, remitida en mayo de 1933, tuvo que relatar esta nueva evolución emocional hacia la constante, vicaria experiencia de la muerte que comienza a padecer Gorostiza. Esto se infiere de la respuesta que, desde Bruselas, remite Orozco Muñoz:

¡Qué beatitud la de su carta! ¡Qué soledad revelan sus palabras!

<sup>17</sup> Torres Bodet no los encuentra y no existe referencia alguna a esas posibles traducciones.

<sup>18</sup> Carta del 19 de marzo de 1932. Archivo JG.

Antes admiraba a usted mucho, a partir de esta carta le querré, además, profundamente. No terminaba aún la lectura cuando ya sentía, presurosos y resplandecientes, en lo secreto del alma, las Voces de la Tierra en el *Nemrod* de Raymond Schwab: "Mais tu seras un mort! prends garde á ma demeure. Homme plein d'hommes morts, reste avec ceux qui meurent."<sup>19</sup> Sí, está usted en lo cierto, hacemos versos porque "sabemos que estamos muriendo a cada paso"...<sup>20</sup>

En la línea de sombra, Gorostiza cae en la hipnosis del "ojo lánguido" que repite con sus guiños la medieval *mors certa, bora incerta*. Algo ha sucedido en su alma, a partir de 1925, que lo ha desconcertado. En las páginas de Rilke sobre el miedo, la muerte, y el miedo a la muerte de *Malte Laurids Brigge*, o en las *Elegías de Duino*, fortalece el enigma de su perturbación: "Vivimos en perpetua despedida."<sup>21</sup> Su remedio ante esta fascinada angustia puede ser de estoica naturaleza, y obedecer al consejo de Séneca: "Para no temer a la muerte, piensa siempre en ella."<sup>22</sup>

Gorostiza llega al cenit de la crisis en 1935. A sus problemas previos, agrega ahora la enorme violencia con la que pelea con Carlos Chávez, Novo y Narciso Bassols a raíz del escándalo de *Examen*. Entonces le escribe a Villaurrutia:

Quisiera poder hablarle de mí, pero hace tiempo que sufro de una repugnancia tan honda por mí mismo, que ningún otro tema me es más desagradable. Espero salir pronto de esta crisis e instalarme de nuevo en la vida de una manera más firme, purgado ya de orgullos y esperanzas estúpidas. Quizá no perseverare en el deseo de escribir.

en sus quejas, sin embargo, la angustia comienza a ser sustituida por una serena resignación que nace de lo que empieza a considerar la certidumbre de su esterilidad:

Ahora puedo decirme, ya sin angustia, que nunca fui un escritor ni un poeta. Acaso, y eso sí desmedidamente, no haya sido siempre sino un vanidoso.<sup>23</sup>

"Instalarme de nuevo en la vida", dice este hombre que se acostumbra a estar muriendo.

Miembro de la misma familia, Villaurrutia le escribe desde New Haven, también en 1935, acusándolo de haber interrumpido con una carta los únicos dos poemas que ha trabajado desde su llegada a Estados Unidos, "Nocturno en que habla la muerte" y "Muerte en el frío", cuyo verso central dice:

Siento que estoy viviendo aquí mi muerte...

<sup>19</sup> *¡Pero serás un muerto! Cuidate de mi morada.*

*Hombre lleno de hombres muertos, quédate con los que mueren.*

Raymond Schwab escribió durante varios años su monumental *Nemrod*, del cual publicaba adelantos en la *Nouvelle Revue Française*, que le llegó a dedicar un número completo. Después, adquirió cierta oscuridad.

<sup>20</sup> Carta del 22 de junio de 1933. Archivo JG.

<sup>21</sup> *Elegías de Duino*, VIII. Tanto la novela como los poemas mencionados se hallan registrados en la biblioteca del poeta.

<sup>22</sup> *Epístola a Lucilio*, XXX.

<sup>23</sup> Carta de 1935, recogida por Capistrán, *op. cit.*

Aburrido y angustiado, Villaurrutia comienza su carta, en la que cita versos de los poemas, con una frase que habrá impresionado a Gorostiza: "Tengo la idea de que ya no hay otra cosa que hacer sino morir."

Gorostiza ha dejado de escribir. Trabaja, a su salida de Educación, como secretario del ingeniero Alberto J. Pani en la construcción del Hotel Reforma; en 1935 se convierte en secretario del general Eduardo Hay, ministro de Relaciones y traductor, en sus ratos de ocio —y con la ayuda de su empleado— del *Rubayat*; en 1936 logra publicar su primer poema en siete años, "Preludio"; se escribe principalmente con Torres Bodet, con quien rumia recuerdos de juventud casi compulsivamente. Entonces, en algún momento de 1938, comienza a escribir *Muerte sin fin* y lo termina en seis meses.<sup>24</sup>

Apenas termina una primera versión del poema, y después de cosechar los primeros asombros, el estudiantamente recoleto Gorostiza toma una serie de enérgicas decisiones dirigidas a instalarse "de nuevo en la vida": contrae matrimonio con doña Josefina Ortega y se consigue un nombramiento como primer secretario de la Legación mexicana en Roma, hacia donde parte el 2 de febrero de 1939. El 18 de marzo, en tránsito, se encuentra en París con Torres Bodet y lee para él *Muerte sin fin*. Torres Bodet, muy impresionado, escribe una semana más tarde:

La perfección es cosa tan espontánea en ti que, al contrario de lo que ocurre habitualmente, lo que debiste procurar no fue tanto evitar los desfallecimientos, sino el no acumular los aciertos, en forma que resultara impecable para los lectores.<sup>25</sup>

A principios de 1939, desde Roma, Gorostiza le manda el poema a su amigo Bernardo Ortiz de Montellano, quien fungiría como editor ante Cvltvra, la editorial de Rafael Loera y Chávez.<sup>26</sup> El 28 de junio Ortiz de Montellano acusa recibo de las primeras pruebas, que vienen de regreso de Roma, y el 17 de septiembre anuncia que ha terminado de corregir las pruebas finales:

Me parece muy justificada tu inquietud en espera —demasiado larga— de saber impreso tu libro. He hablado con Loera sobre el punto y comparto tus inquietudes. ¿Cuándo lo imprimirá? Cada semana me ofrece que será la próxima...<sup>27</sup>

Por fin, el 11 de octubre, Ortiz de Montellano le remite a Gorostiza el primer ejemplar. Una semana más tarde, nace en Roma Luis Gabriel Gorostiza Ortega. Mientras comienza la escalada bélica, Gorostiza planea una estrategia para su libro:

<sup>24</sup> De acuerdo con una entrevista realizada por Elena Poniatowska, citada por Edelmira Ramírez en *José Gorostiza: poesía y poética*. Madrid: Col. Archivos, 12, 1988, pp. XLII y XLIII, nota.

<sup>25</sup> Carta del 28 de mayo de 1939. Archivo JG.

<sup>26</sup> Dice Edelmira Ramírez, *op. cit.*, p. XLII, que Rafael Loera y Chávez "tuvo el privilegio de editar" *Muerte sin fin*. Este privilegio corresponde, en realidad, a Ortiz de Montellano, quien, de hecho, sostuvo una guerra de siete meses con las ineptitudes organizativas de ese impresor "de carácter tornadizo y de humoradas" (Carta de Ortiz de Montellano a Gorostiza, en su archivo). Gorostiza le mandará de regreso a México el primer ejemplar de *Muerte sin fin*, dedicado.

<sup>27</sup> Carta del 17 de septiembre de 1939, Archivo JG.

pide a Daniel Cosío Villegas direcciones de autores españoles; desde sus oficinas del Fondo de Cultura Económica, le consigue las de Dámaso Alonso, Juan Ramón Jiménez y Alberti; Enrique Manguía, que empaqueta para abandonar Ginebra<sup>28</sup> le remite las de T. S. Eliot, Marcel Brion y Jean Cassou. Ortiz de Montellano y el general Hay se encargan de distribuirlo en México y América. Gorostiza, en un contradictorio giro frente a su actitud anterior, solicita entonces, a sus amigos, cartas con comentarios sobre el poema. El archivo conserva sólo la de Torres Bodet:

Debes sentirte orgulloso, querido Pepe. En años en que el surrealismo y el nerudismo envenenan los manantiales juveniles, tú has seguido fiel al rigor de un temperamento clásico, estricto y puro. Construido sobre una tesis, tu poema no es un poema de tesis, ni un discurso enojado de metáforas esenciales. Bajo la piel de la forma, que los incautos creerán fría, late una vehemencia patética y varonil. En ese eterno contraste está el secreto mejor de tu inteligencia.<sup>29</sup>

¿Se habrá Gorostiza reinstalado "de nuevo en la vida" sostenido por el nacimiento de su hijo y la aparición de su poema? ¿Acaso el deslumbramiento que produce el poema en propios y extraños habrá producido la agudización de su "neurosis de fracaso" que lo conduciría al ensayo general de la muerte de su hipocondría? A la luz del poema, en carta al Abate de Mendoza, opone, por lo pronto, la sombra de la guerra:

Pensando en él (mi poema) y en los tiempos tempestuosos en que aparece, por inercia de la imaginación poética caigo en el verso aquel de "¡Pobre barquilla mía!", pero la inmediata asociación de esta idea con la de los submarinos y las minas flotantes echa inmediatamente a pique el ya viejo y, por demás, agujereado símil...

La plantación del árbol que es lo único que me falta para dar por agotada mi existencia, la dejo supersticiosamente para después... No quiero cerrar las puertas a la posibilidad de encargarme algún día del Departamento Forestal.<sup>30</sup>

Dos meses más tarde, Gorostiza regresa a México en la pobre barquilla que navega la cubierta del trasatlántico. México es la misma, diferente, ciudad. Gorostiza instala a su familia y luego endereza sus pasos hacia un extraño edificio. De lejos mira, en la ventana, a Carlos Pellicer; en la azotea, chiflando boleros, Salvador Novo tiende la ropa; adentro, en el comedor, apoyado en la mesa, Villaurrutia dormita; en la recámara del fondo Torres Bodet enciende una lámpara; en otra, respira la cama vacía de Enrique González Rojo; Gorostiza se dirige al estudio, pone un libro en el librero común, luego "se mira a sí mismo en plena marcha", se mete a su alcoba y se queda callado. □

<sup>28</sup> Manguía trabajaba en la Société des Nations, que anuncia su liquidación al comienzo de las hostilidades.

<sup>29</sup> Carta del 1 de febrero de 1940. Archivo JG.

<sup>30</sup> Carta del 28 de noviembre de 1939. Archivo JG.